

Bendición abacial de M. Eugenia Pablo OCist
Monasterio de San Benito, Talavera de la Reina, 21 de junio de 2017

Lecturas: Hechos 2,42-47; Colosenses 3,12.17; Lucas 12,35-44

"Señor, ¿has dicho esa parábola para nosotros o para todos?" (Lc 12,41)

¿Por qué Pedro pone esa pregunta? La pone después de que Jesús haya insistido en estar en vela para no dejarnos sorprender por la venida del Hijo del hombre. ¿Quizás piense que quien está ya con Jesús, ya no debe vigilar? Jesús está con ellos; viven con Él día y noche. ¿Por qué deberían vigilar para estar preparados para su venida? ¿Es que quizá Pedro piense que Jesús haya venido y vendrá sólo para ellos, para los discípulos y no para todos?

A Jesús, le gusta responder a las preguntas de sus discípulos indirectamente. De este modo, les obliga a involucrarse más profundamente en el misterio de su palabra, y, por lo tanto, a ampliar su consciencia del Misterio que los envuelve. Por esto, muchas veces, Jesús, como aquí, responde poniendo una pregunta. "¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas?" (Lc 12,42). Y sin esperar la respuesta ni tampoco darla, añade: "Dichoso el siervo a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes" (Lc 12,43-44).

Es entonces cuando comprendemos que la respuesta a la pregunta de Pedro no consiste tanto en definir quién debe estar vigilante ante la venida del Hijo del hombre o quién no, sino en destacar el hecho de que Jesús busca a personas que estén en vela para acogerlo en su venida, en cada una de sus venidas. No dice quién debe o no estar vigilante, sino que busca a quién *quiere* estar en vela para acoger al Señor en su misma vida. De hecho, busca a personas que no estén vigilantes sólo para sí mismas, sino que vigilen por toda la casa, por todos los otros siervos; busca a un "administrador fiel y solícito" que ayude a todos a estar despiertos y preparados para la venida del Señor. También los apóstoles serán administradores fieles y solícitos, y serán dichosos, si su estar en vela ayudará a todos a vigilar; si su espera y su acogida de Cristo, ayudará a toda la casa, a toda la familia o la comunidad, a vivir día y noche, esto es toda la vida cotidiana, sólo para Cristo, sólo para acoger y amar al Señor.

En verdad, es esta la respuesta de Jesús a Pedro: "Si tú estás en vela, si tú me acoges, si tú estás preparado, entonces despertarás también a todos los otros, entonces también los otros podrán estar preparados a acogerme y mi venida no será en vano, ni ahora, ni al final del mundo".

Si este Evangelio ha sido propuesto para la liturgia de la bendición abacial, es porqué la Iglesia es consciente que la tarea prioritaria de la vida monástica es justamente este estar en vela, y la tarea principal de quién es el responsable de una comunidad monástica es que esté siempre vigilante para el Señor, de modo tal que toda la casa pueda despertarse en su venida, despertarse con amor, con el gozo de acoger no tanto a un dueño sino al Esposo que llena la vida de amor y fecundidad.

"Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela" (Lc 12,35-36).

La cintura ceñida y las lámparas encendidas son una preciosa imagen de una espera vigilante que comprende toda la vida, que irradia sobre toda la vida. Quien tiene la cintura ceñida puede correr y trabajar velozmente para el Señor. Nada lo entorpece. Su espera no es apática, sino activa, un verdadero servicio, una obra. Y si las lámparas están encendidas para esperar al Esposo, su luz no clarificará sólo a Él cuando vendrá, sino que a toda la casa y a quién esté a su alrededor. La vigilancia cristiana es una actitud que, en lugar de despreciar la realidad de la vida, en lugar de desinteresarse de ella, hace por el contrario más luminosa y ferviente la vida cotidiana, en todos sus aspectos.

¿No es esto lo que quiere san Benito cuando organiza con su Regla la vida del monasterio, en todos los ámbitos de la vida humana? También él llama a la vigilancia retomando la imagen evangélica: “Ciñamos, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y sigamos sus caminos guiados por el Evangelio, para merecer ver en su reino a Aquel que nos llamó” (RB Prol. 21).

La vida monástica quiere “merecer ver en su reino a Aquel que nos llamó”. Por esto es una vida que escucha y está en vela: escucha su voz que nos llama y está en vela para ver a Cristo, para contemplar su Rostro. Quién tiene este deseo, quién lo cultiva, no duda a “abrir” al Señor “apenas venga y llame” (cfr. Lc 12,36).

Todo el cristianismo consiste en abrirse a Cristo que viene y pide entrar en nuestra vida. Esta apertura del corazón y de la vida, esta vigilancia, debe ser educada, debe ser formada. Esta es la tarea prioritaria de toda comunidad cristiana: formar y alimentar el deseo de ver a Jesús que llama, que llama en el corazón, que llama en los pastores, que llama en el prójimo, sobre todo si está necesitado, que llama en el testimonio de los santos, que llama en todas las circunstancias de la vida, en todos nuestros encuentros, porque su venida es el cumplimiento de toda la realidad.

Es bajo esta luz que debemos escuchar también la descripción de la comunidad cristiana primitiva de la primera lectura sacada de los Hechos de los Apóstoles, así como las exhortaciones de san Pablo a la vida fraterna de la segunda lectura. Todo está hecho para que la comunidad nos eduque a abrir la puerta a Cristo “apenas venga y llame” y a vivir deseando y contemplando su Rostro. Todo es para obedecer al deseo de Cristo de entrar y manifestarse en nuestra vida.

Sería suficiente a una abadesa, a un abad, pensar sólo en esto para vivir su ministerio y su responsabilidad, “ceñida la cintura y encendidas las lámparas”, y “como administrador fiel y solícito”. El superior no debe sino ser el centinela de la vigilancia de su comunidad, de cada hermana o hermano que la compone, de cada huésped, de cada persona que de una forma u otra ha sido confiada a la atención y a la oración del monasterio. Sin olvidar nunca, querida Madre Eugenia, queridas Hermanas, que esta responsabilidad es una dicha: “Dichoso el siervo a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así” (Lc 12, 43).

¡Sí, dichoso el siervo, dichosa la sierva! ¡Dichoso quien sirve! “¡Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada!”, canta la Virgen María, sierva del Señor, Madre y Maestra por excelencia! ¡Dichoso el centinela que permanece despierto para despertar siempre una vez más a toda la casa, para que todos acojan a Jesús y contemplen su Rostro, de cualquier forma y modo en que Él venga a amarnos y a pedir nuestro amor!

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist